



Cardenal Baggio.

# EL CARDENAL BAGGIO Y EL OBISPO INIESTA

FERMIN CEBOLLA

**P**ABLO VI teme a Alberto Iniesta?, le preguntaban no hace dos años al obispo de Vallecas. "Somos 3.000 obispos en el mundo, y yo, además, auxiliar. Supongo entonces que Pablo VI no tendrá idea de mí". Pero reconocía que su persona preocupaba a algunos monseñores del Vaticano "por informaciones o denuncias que les llegan de España".

Un alto monseñor del Vaticano —lo es, sin duda, el poderoso cardenal Baggio— acaba de convocarlo a su despacho del palacio de la Congregación para los Obispos. Pero vuelve el buenazo de Iniesta y califica el encuentro de "fraternal", de "reunión de trabajo para clarificar mi actividad apostólica frente a la vicaría madrileña", porque el cardenal "desde hace bastante tiempo, estaba recibiendo informes sobre mi actuación desde los más dispares puntos de vista".

¿Quién es este Baggio fraterno y censor? El hombre más poderoso de la curia romana desde hace unos años; además de presidir la Congregación de los Obispos, preside también la Comisión Pontificia para la América Latina, en virtud de la cual pudo dar el paso del progresivo espíritu de Medellín, al más apagado de Puebla; preside igualmente la Comisión para la Pastoral de las Migraciones y el Turismo. Vicentino de sesenta y seis años, hizo la carrera diplomática en la Secretaría de Estado y desde 1955 a 1964 trabajó como delegado apostólico primero en Chile, luego en Canadá y, por último, en Brasil, de donde salió promovido al arzobispado de Cagliari cuando los militares se hicieron

con el poder. En 1973, Pablo VI le encomienda la Congregación que controla todas las diócesis del mundo. Cuando el cónclave para la sucesión de Montini figuraba en la terna de mayores posibilidades. No en vano, en el último año, había despachado con el Papa 30 veces por las 13 del cardenal Seper, y estas cosas cuentan en los palacios apostólicos. Eran los meses en que más se podía influir en el anciano pontífice. Por el despacho de Baggio han pasado al menos dos veces todos los obispos del mundo en la llamada visita "ad limina". Desde ese despacho se articula el primado del Papa con la autonomía de las iglesias locales. Antes del primer cónclave pasaba como un montiniano "di ferro". Seguro de sus posturas, difícilmente daba rienda a determinadas iniciativas. Menos culto que Montini, para algunos estaba retratado en el nuncio de "El otoño del Patriarca", de García Márquez. Baggio se había declarado en contra de quienes "se hacen ilusiones en buscar fuera de la enseñanza de la Iglesia, en ideologías o militancias extrañas u opuestas a ella, la respuesta a su pasión sincera, sea rebelde o violenta, por la justicia y la libertad, por la liberación de la esclavitud de las estructuras, la lucha contra la opresión y la explotación del hombre".

Consecuencia de su paso por América. Dejando aparte su primera estancia en el continente —años 30-40, como agregado y secretario de Nunciatura en El Salvador, Bolivia, Venezuela, Chile y Colombia—, vuelve para cargos de mayor altura en los años cincuenta, coincidiendo con la expansión del estallido cubano: eran los años de Castro, de los Carlos Marighela, del Che y aun del cura guerrillero Camilo Torres, y más tarde de la cota eclesial de la "Teología de la Liberación" de Medellín en el plano de la revisión de estructuras. Baggio asiste sin inmutarse, en Brasil, a la caída de Goulart, a la implantación de la tortura, a la expulsión de los clérigos más dinámicos y al exilio de la oposición a la bota militar. Cuando Roma cree que hay que tirar de

la brida del desbocado corcel latinoamericano sabe que puede contar con Baggio. Y Baggio se las compone para situar al frente de la preparación de Puebla, diez años después de Medellín, al colombiano López Trujillo, criatura de la Curia Romana, a quien ha promovido primero a la Secretaría general del CELAM, y, después, en pago a sus méritos moderadores, elevado a arzobispo, a la presidencia del organismo. Había manejado cuidadosamente los hilos para que el encuentro de Puebla fuera, según expresión del jesuita mejicano Enrique Maza, "la restauración de la autoridad de Roma sobre los católicos rebeldes de AL". Ahora se pretende estrechar el cerco contra los teólogos de la liberación que, capitaneados por el chileno Gustavo Gutiérrez, han intentado delinear las bases de una "iglesia popular", antiautoritaria, capaz de expresar las necesidades materiales y morales de los marginados, que son mayoría en AL. Roma, que no ha movido un dedo ante los asesinatos de más de 50 sacerdotes y un millar de militantes cristianos en los diez últimos años por los regímenes de la "seguridad nacional", advierte por el hombre de Baggio en el nuevo continente que "La Iglesia no debe hacer política", que "los sacerdotes no tienen el derecho de fomentar la revuelta contra las instituciones y los regímenes de América Latina".

Siendo nuncio en Brasil, Baggio asiste mudo al lanzamiento del "compromiso" por parte de la JUC (Juventud Universitaria Católica), en favor del hombre contemporáneo, que desembocó después en la "apertura a la izquierda", aun antes que en Italia. Pero abandonados por los obispos —salvo un pequeño grupo, que clamó contra las torturas generalizadas— derivaron hasta Acción Popular, como movimiento político de signo socialista. Baggio se limita a emitir sus reservas frente a movimientos como el de Paulo Freire, Alfabetización-Concienciación, porque aun siendo después reconocido por la Conferencia de Obispos, se trataba de luchar contra la pobreza creando una nueva mentalidad por medio del sindicalismo y cooperativismo. Le inquie-

taban experiencias como las de los sacerdotes o militantes cristianos, Francisco Juliao, con sus "Ligas Campesinas", o del obispo Eugenio Sales, con su Movimiento de Natal. El nuncio asiste, en cambio, a algún acto de la ultraderechista Tradición de la Familia y la Propiedad (TFP), ente creado en 1960 por las fuerzas católicas de derecha, la alta burguesía y los terratenientes, que luchará sin descanso contra la apertura a la izquierda. Y no ve posicionamiento político alguno en las famosas "Marchas de la Familia, con Dios y por la Libertad", que organizan las mujeres de la burguesía católica, bajo el signo del rosario y de la Misa, contra las reformas sociales promovidas por el Presidente Goulart. Las "Marchas fueron la señal esperada por los militares para alzarse contra la bolchevización del Brasil".

Este Baggio poderoso que tan bien ha sabido trabajar en Roma como para que se olvide su pasado más que conservador, hasta el punto de figurar en las listas de "papabile" de los dos últimos cónclaves, es el mismo que no autorizó en Puebla la comunión a los observadores cristianos no católicos (el cardenal Samoré no se opuso en Medellín), y cuando pidieron al menos una capillita para sus rezos les dio una sacristía. Lo que ha supuesto Puebla respecto a Medellín sólo es posible entenderlo desde el poderío de Baggio: por el tipo de obispos nombrados durante los siete últimos años y por los esfuerzos de los nuncios para que fueran elegidos un determinado tipo de delegados.

Es este Baggio inquisidor el que reclama en Roma la presencia de Alberto Iniesta —cincuenta y seis años, aprendiz de sastre, botones, empleado de Banca, cajista, periodista—, que a los veintiocho años ingresa en el seminario de Albacete, para ser después párroco y profesor de ese mismo seminario. Buen pintor y fotógrafo por afición se había ordenado sacerdote en Lourdes, y en 1972 el cardenal Tarancón lo reclamó para obispo auxiliar suyo, escamoteando así por vía concordataria el derecho de presentación de obispos que tan bien sabía ejercitar el general Franco. Mu-

chacho del Frente de Juventudes, a punto estuvo de enrolarse en la División Azul, y, sin embargo —ha reconocido—, cuando salió del seminario era un "anti-franquista visceral". Motejado de "obispo rojo", Iniesta piensa que es ésta una forma como otra cualquiera de descalificar a una persona. Cuando en 1973 Alberto Iniesta se convierte en hospederero de los trabajadores en huelga que se cobijan en los templos de Vallecas, el pueblo se apropia de su obispo: Ya no es monseñor Iniesta, sino Alberto, simplemente Alberto. Luego viene aquello de ofrecerse como fiador personal, de acuerdo con no sé qué artículo del Código, en la querrela interpuesta por tres sacerdotes vallecanos, por el hundimiento



Monseñor Alberto Iniesta.

en las obras del Metro de la avenida Pío XII. Habían muerto varios vecinos de Vallecas. Otro día la Policía pretende desalojar a los obreros de Safen-Michelin, encerrados en una iglesia vallecana. El obispo niega expresamente permiso para que las Fuerzas de Orden Público entren en el templo. Aun así lo hacen y detienen al párroco y a ocho trabajadores. El obispo se presentó en el despacho del director general de Seguridad en el acto: "La orden la he dado yo". Naturalmente no se atreve a detenerle.

Pero el momento de máxima tensión Iniesta-franquismo se dio meses antes de fallecer Franco. Desde un año atrás venían preparando los cristianos de Vallecas su Asamblea Pastoral. Se había montado el estrado para los debates en el gimnasio de la Ciu-

dad de los Muchachos. Se habían elegido a los 1.500 delegados de parroquias, colegios, comunidades de base. Y justo la víspera, el gobernador civil de Madrid —por indicaciones más altas del ministro García Hernández— prohíbe los actos. Antes que Baggio había gentes en España que dudaban de Iniesta. "Había muchos —explicó después— que sabían que no éramos una asamblea de revolucionarios, pero ante los cuatro que gritaban se acobardaron. Había otros que aceptaban, en el plano teológico-pastoral la orientación de la Asamblea Cristiana, pero ante los cuatro que gritaban: 'Herejía, indisciplina', se asustaban". ¿Qué era la Asamblea Cristiana para el obispo Iniesta? "Simplemente la Iglesia en activo, en pie". Tarancón escribió una tremenda carta ante la intromisión civil en la Asamblea Cristiana, y el tema, según explicó el ministro León Herrera, fue discutido en Consejo de Ministros.

Pero, personalmente, para Iniesta las cosas aún fueron a peor cuando en octubre de 1975 distribuyó escrita a todas las iglesias de Vallecas aquella famosa homilía contra la pena de muerte. Acababan de ser ejecutados cinco jóvenes españoles. El gobernador civil expuso al obispo que no podía garantizar su seguridad. "Iniesta, te mataremos", anunciaban varias pintadas cerca de su domicilio. Se refugia en Roma, por casi dos meses. Entonces, que se sepa, no le recibió el cardenal Baggio. Y eso que Iniesta no se recataba de decir que era deseoso de una sociedad "sin opresión ni represión", partidario de suprimir el derecho de propiedad sobre los medios de producción, "no sobre los medios personales", que le parecía mejor una sociedad sin clases que una clasista, que era partidario del matrimonio civil y del divorcio, "siempre que los católicos puedan seguir el camino que su fe les dicta", que estaba por que se siguiera profundizando en temas como las relaciones prematrimoniales o el celibato. Hasta hizo, meses más tarde, aquella famosa declaración que dejó sin habla a medio país, cuando cierto informador le preguntó si era comunista: "En el sentido técnico no lo soy".

Entonces, ¿qué otros motivos sobreañadidos a esta línea recta de actuación pastoral, de claro posicionamiento por una Iglesia popular, han podido darse, que nuevas denuncias maniqueas llegaron a Baggio para sentar ante su mesa al obispo de Vallecas? ■

LoS  
CoNteM  
poRa  
nEoS

## EL ABORTO DIFERIDO

**L** A madre Teresa vive en Calcuta. Ha ido a Oslo a recibir su Premio Nobel de la Paz: lo dedica a "los más pobres de los pobres" y considera la ocasión oportuna para condenar el aborto como un crimen. En Calcuta, en enormes zonas del mundo, el aborto tiene generalmente un carácter diferido, ligeramente retrasado. Los niños nacen condenados a una muerte atroz, lentísima. La extenuación por hambre, las epidemias, las miserias de todas clases producen toda clase de dolores, de angustia, de opresiones psicológicas. Ciertamente ante esta clase de sufrimientos se puede tener una reacción de caridad, de piedad. Trabajando con este material humano se puede ganar un Premio Nobel, y algo más importante, la beatitud, la santidad. Puede uno dar un sentido a su vida. Sufrir por los otros siempre tiene más mérito que sufrir por uno mismo, puesto que es algo que se elige. El sufrimiento propio no es cancelable. El sufrimiento propio puede llevar a una madre —y a un padre— a evitar el nacimiento de un hijo; incluso les puede llevar a cometer el crimen, según la madre Teresa, y las leyes de algunas naciones, de evitar que nazca ese hijo. Parece ser que dejarle nacer en Calcuta es estar de parte de la vida. Aunque la vida sea la de Calcuta. Es dar una oportunidad al nacido. ¿Quién sabe! Quizá pueda sobrevivir hasta el tiempo de poder participar en una guerra con China, con Bangla Desh, con Afganistán o con cualquier otro país más o menos próximo. Si es mujer, y el hambre no deja secuelas repulsivas en su cuerpo, a los doce, a los trece años puede dedicarse a la prostitución, que es una forma de estar de parte de la vida. A los veinte, a los veinticinco años, será demasiado vieja para ganarse así su bol de arroz, y se producirá el aborto diferido. Pero esa es otra cuestión.

Podría decirse, también, que así como hay un aborto diferido hay también un aborto adelantado. Consiste en dejar que el óvulo que produce cada mujer perezca cada mes sin dejar que sea fecundado. Lo cual no impedirá, dentro de una cierta semántica, que esa mujer lleve el título de madre, y exhorte a las demás a que tengan hijos: es una fórmula peculiar de estar del lado de la vida.

Curiosa era la nuestra en la que aquellos que no paren condenan como crimen el aborto de los demás; en la que aquellos que eligen el celibato a perpetuidad atacan el divorcio de los otros. En la que quienes no producen vida incitan a los demás a producirla a toda costa. Una era que fundó quien no quiso nunca acusar de crimen a nadie, y que se interponía entre los lapidadores y sus víctimas. Pero de eso hace ya muchos, muchos años. Y entonces no existía el Premio Nobel. Sólo existían los patibulos. ■

POZUELO